



Revista Affectio Societatis  
Departamento de Psicoanálisis  
Universidad de Antioquia  
[affectio@antares.udea.edu.co](mailto:affectio@antares.udea.edu.co)  
ISSN (versión electrónica): 0123-8884  
ISSN (versión impresa): 2215-8774  
Colombia

2012  
Norman Marín Calderón  
**EL LUGAR DEL OBJETO (a)**  
**EN LA DIRECCIÓN DE LA CURA PSICOANALÍTICA**  
Revista Affectio Societatis, Vol. 9, N° 17, diciembre de 2012  
Art. # 17  
Departamento de Psicoanálisis, Universidad de Antioquia  
Medellín, Colombia

# EL LUGAR DEL OBJETO (a) EN LA DIRECCIÓN DE LA CURA PSICOANALÍTICA

Norman Marín Calderón<sup>1</sup>

## Resumen

El objeto (a) ocupa un lugar lógico y topológico en la dirección de la cura. Para que aparezca haciendo sus efectos, el psicoanalista debe aceptar hacer semblante de él. El analista puede encarnar al objeto (a) no solamente por medio de su presencia, sino a través de su interpretación, su docta ignorancia, su silencio y la escansión que puntúa en cada sesión de análisis. Gracias a la transferencia que se instaura, el analista “inventará” maneras lógicas de hacer advenir a (a) con el fin de que el goce del sujeto sea interpelado en la escala invertida del deseo. De esta manera, el presente ensayo propone rastrear, desde las mismas fuentes lacanianas, y concentrándonos en lo que el mismo Lacan creó y elaboró al respecto, este concepto fundamental para la teoría y la técnica psicoanalíticas.

**Palabras clave:** objeto (a), dirección de la cura, transferencia, semblante, psicoanalista, causa.

## THE PLACE OF *OBJET a* IN THE DIRECTION OF PSYCHOANALYTIC TREATMENT

### Abstract

*Objet a* occupies a logical and topological place in the direction of the psychoanalytic treatment. In order to ponder its effects, the psychoanalyst must

---

<sup>1</sup> Psicoanalista y filólogo. Doctor en Letras de Purdue University, Estados Unidos. Magíster en Psicoanálisis por el Instituto de Altos Estudios Universitarios de la Universidad de León, España y por el Centro de Investigaciones y Estudios Psicoanalíticos de la Fundación Mexicana de Psicoanálisis. Y Magíster en Literatura Inglesa por la Universidad de Costa Rica. Profesor en la Facultad de Letras de la Universidad de Costa Rica. [normanmarin@hotmail.com](mailto:normanmarin@hotmail.com)

accept making a semblance of it. The analyst could embody *objet a* not only by means of her/his presence, but also through her/his interpretation, her/his learned ignorance, her/his silence as well as through the scansion she/he points out in each analytic session. Thanks to the transference that has been installed, the analyst could be capable of “inventing” logical ways to make *a* appear so that the subject’s *jouissance* can be questioned in the inverted scale of desire. In this way, this essay pretends to track, from the Lacanian foundations proper and concentrating in what he created and developed, the conceptualization of this fundamental concept in the analytic theory and technique.

**Keywords:** *objet a*, direction of treatment, transference, semblance, psychoanalyst, cause

## LA PLACE DE L’OBJET (a) DANS LA DIRECTION DE LA CURE PSYCHANALYTIQUE

### Résumé

L’objet (a) occupe une place logique et topologique dans la direction de la cure. Pour qu’il apparaisse et fasse ses effets, le psychanalyste doit accepter d’en faire semblant. L’analyste peut incarner l’objet (a) non seulement au moyen de sa présence, mais aussi à travers son interprétation, sa docte ignorance, son silence et la scansion qu’il ponctue dans chaque séance d’analyse. Grâce au transfert qui s’instaure, l’analyste “inventera” des manières logiques de faire advenir (a) afin que la jouissance du sujet soit interpellée dans l’escala invertie du désir. Ainsi, cet article a pour but d’enquêter, à partir des sources lacaniennes elles-mêmes et en se focalisant sur ce que Lacan lui-même a créé et élaboré à ce sujet, sur ce concept fondamental pour la théorie et la technique psychanalytiques.

**Mots clés:** objet (a), direction de la cure, transfert, semblant, psychanalyste, cause

Recibido: 02/04/12 Evaluado: 30/04/12 Aprobado: 06/05/12

## Introducción

El objeto (*a*) minúscula [*objet petit a*] es la invención lacaniana por excelencia, y constituye uno de los conceptos capitales del psicoanálisis actual. Como tal, es un término que vale tanto por sus incidencias teóricas como por su consecución en el campo de la clínica y la dirección de la cura. Por su estructura, tanto lógica como formal, el concepto de objeto (*a*) es uno de los más problemáticos de articular dentro de la coyuntura psicoanalítica, especialmente al nivel de la clínica. Es por ello que Lacan optó por nombrarlo con una letra, que como tal, puede ser leído de muchas maneras, según sea su contexto. Al designar al objeto del psicoanálisis con una letra, Jacques Lacan le otorga un valor formal con el fin de señalar su consistencia lógica con relación a los otros posibles tipos de objetos con los que se relaciona el sujeto del deseo. En su seminario *La angustia*, Lacan advierte que “este objeto lo designamos con una letra. Tal notación algebraica tiene su función. Es como un hilo destinado a permitirnos reconocer la identidad del objeto en las diversas incidencias en las que se nos manifiesta” (2006:98).

El presente ensayo intenta rastrear, desde las mismas elucubraciones lacanianas, este concepto fundamental, tanto para la teoría como para la técnica analíticas —el objeto (*a*)—. Si bien otros críticos han abordado, de manera clara y rigurosa la complejidad teórica y clínica de este concepto, aquí nos proponemos centrarnos en la génesis conceptual de su articulación, a partir de lo que el mismo Lacan produjo a lo largo de sus años de enseñanza. Por lo tanto, nuestra atención se enfoca directamente en la obra de Lacan. Este primer enfoque se centra en su nombre —(*a*)—. ¿Por qué una letra? El objeto (*a*) bajo la notación de la letra viene a suplir la imposibilidad del psicoanalista para vérselas con el universo de lo inconsciente así como con las embestidas de goce que aparecen en cada sesión de análisis. A este respecto, afirma Juan David Nasio que “el objeto *a* nace de la imposibilidad para el psicoanalista de responder exactamente a esta pregunta sobre el goce. Tenemos un nombre, a falta de una respuesta; o mejor, tenemos el *a* en el puesto de un goce imposible que el psicoanalista tiene por algo real [ . . . ] bautizar la dificultad en lugar de resolverla, introducir un nombre a cambio de una solución” (1987: 67). Por ello, el objeto (*a*) es designado con una grafía para así suplir la actualización de una imposibilidad fundamental y estructural.

Entre la falta y la imposibilidad es posible que el objeto (*a*) se instale en el gabinete psicoanalítico con el propósito mismo de inquirir al goce y causar el deseo. Y este lugar lo ha de ocupar el analista mismo. Para Lacan, la tarea del psicoanalista en la cura será la de aclarar lo turbio haciendo irrumpir lo oculto del sujeto. Por ello, el silencio, la presencia y la intervención del analista promoverán la emergencia de los significantes

subrepticios al nivel de lo inconsciente, siempre y cuando, éste acceda a ocupar el lugar de (a) —causa del deseo o elemento del plus-de-gozar del sujeto en análisis—. Lacan afirma que “la posición del psicoanalista, llevo a articularla de la siguiente forma. Digo que esencialmente está hecha del objeto a” (1992: 45). Por lo tanto, para que la cura se ponga en movimiento, el analista tendrá que acceder a ocupar el lugar de “agente” de la cura a condición de hacer de semblante del objeto (a) para su analizante. Esta clínica —la del objeto (a)— promoverá el malentendido y el error justamente para que se revele la verdad encubierta en la historia del sujeto. De tal manera, el analista servirá como “agente de la verdad”. Para que el (deseo del) psicoanalista, la transferencia y la dirección de la cura cumplan su papel cabal, habrá que proponer al objeto (a) como su propulsor, productor y causa.

### El deseo del analista

Existe una relación privativa entre el objeto (a) y la persona del analista ya que, en la operación analítica, de lo que se trata es del deseo del analista así como del deseo del analizante ahí donde (a) es el lugar del semblante para uno y el lugar de causa para el otro. Esta propuesta le permite a Lacan rastrear las vicisitudes de (a) con relación a la transferencia y a la persona analista, sobre todo, a lo que él denomina “el deseo del analista”. En su seminario *La angustia*, Lacan propone lo siguiente:

Para que el síntoma salga del estado de enigma todavía informulado, el paso a dar no es que se formule, es que en el sujeto se perfile algo tal que le sugiera que *hay una causa para eso* [cursivas en el original] [. . .] Esto es imposible articularlo si no ponemos de manifiesto la relación radical de la función de a, causa del deseo, con la dimensión mental de la causa [. . .] Ya ven ustedes desde ahora el interés que supone hacer verosímil que la dimensión de la causa es la única que indica la emergencia, en los datos de partida del análisis del obsesivo, de aquel a a cuyo alrededor debe girar todo el análisis de la transferencia para no verse obligado a girar en círculo [. . .] Si anuncio que la vía [de la transferencia] pasa por a, que es el único objeto que debe proponerse al análisis de la transferencia, ello no significa que todos los problemas queden resueltos de este modo [. . .] El a es la causa, la causa del deseo. (2006: 303-304)

La concepción lacaniana de la transferencia se relaciona con la presencia del analista, quien ocupa el lugar de objeto (a) —objeto que él encarna con el fin de suscitar el deseo del analizante—. Pero para que el analista consiga personificar este objeto, primero habría que “desnaturalizarlo”, sirviéndose del semblante: “el analista mismo [. . .] se inscribe en la misma serie que el objeto a, se necesita desnaturalizar dicho objeto y desustantificarlo” (Jacques-Alain Miller, 2007: 129). Al desustantificarlo, el analista podrá asumir la forma de (a) por medio del semblante que se adjudica él mismo.

En parte, el fenómeno sobre el deseo del analista lo desarrolla Lacan como refutación pertinente ante la así denominada “contratransferencia” propuesta por los postfreudianos, la que por su parte, define, en *Los escritos técnicos de Freud* como “al hecho de ser un imbécil” (1981:332). Lacan entiende la “contratransferencia” como “la implicación necesaria del analista en la situación de la transferencia, y por eso precisamente debemos desconfiar de este término impropio” (2003: 227). Es decir, que la contratransferencia como tal es solamente un efecto de la transferencia misma por cuanto el analista no debe poner en juego sus sentimientos, sino ocupar, como propone Lacan, el lugar de muerto. De todas maneras, afirma en “La dirección de la cura” que “no hay otra resistencia al análisis sino la del analista mismo” (Lacan, 1979: 575). Una vez ubicado en el recinto de *muerto*, el psicoanalista debe acceder a su deseo en tanto analista, a lo que Lacan propiamente denominará: “el deseo del analista”. Ya en su Seminario 6 de 1958-1959, *El deseo y su interpretación*, Lacan elabora sus primeras ideaciones sobre el fenómeno del deseo del analista. Más tarde, argumentará que “el término contratransferencia apunta a grandes rasgos a la participación del analista. Pero más esencial es el compromiso del analista” (2006: 163). Entonces, el deseo del analista es una cuestión de ética y de responsabilidad, en tanto ahí se juega la implicación y el compromiso del psicoanalista.

Por consiguiente, el deseo del analista no se refiere a lo que desea el sujeto que ejerce como analista. Eso lo tuvo que haber trabajado en su propio análisis. El deseo del analista tampoco es el deseo de ser psicoanalista. Ni siquiera es el deseo de curar porque el *furor sanandi* siempre actuará como una trampa para él. Ni curando ni sabiendo, el psicoanalista se ofrecerá al analizante enigmáticamente ignorando (docta ignorancia), con el fin de capturar la verdad de lo inconsciente. El deseo del analista es una posición ética basada en la máxima de la diferencia, en la medida que hace de separador entre el objeto y su Ideal. Lacan lo explica de esta manera en *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*:

[. . .] Porque el mecanismo fundamental de la operación analítica es el mantenimiento de la distancia entre I [Ideal del yo] y a [objeto causa del deseo] [. . .] Si la transferencia es aquello que de la pulsión aparta la demanda, el deseo del analista es aquello que la vuelve a llevar a la pulsión. Y, por esta vía, aísla el objeto a, lo sitúa a la mayor distancia posible del I, que el analista es llamado por el sujeto a encarnar. El analista debe abandonar esa idealización para servir de soporte al objeto a separador, en la medida en que su deseo lo permite, mediante una hipnosis a la inversa, encarnar al hipnotizado. (1987: 281)

Aquí Lacan pone en paralelo la metáfora del amor con la fórmula de la hipnosis, que al fin de cuentas resultan en un simple “engaño”. El engaño de la transferencia es la de querer identificar al analista, en tanto objeto, con el Ideal del yo; mientras el (a) conforma un agente separador. En otras palabras, el deseo del analista implica una renuncia advertida del goce para que justamente ahí donde eso era, advenga, en su lugar, el sujeto del deseo. O más precisamente, el deseo del analista le permite a éste hacer advenir al objeto

(a) causando así el deseo del analizante. Por eso, cuando el analista se vacía de goce hace operar allí la función de falta que surge con su deseo.

### Apuntes sobre la transferencia

La cuestión del deseo del analista le permitirá a Lacan redefinir el fenómeno de la transferencia. Para él, en la transferencia se relacionan tanto el deseo como el amor: “El problema del amor nos interesa en la medida en que nos permitirá comprender qué ocurre en la transferencia —y, hasta cierto punto, a causa de la transferencia” — (Lacan, 2003: 47). Consiguientemente, para poder ubicar al objeto (a) en su dimensión de causa, hay que advertir la importancia del amor en el juego de la transferencia. Primero, Lacan confirma que:

Lo que el analista tiene para dar, contrariamente a la pareja del amor, es lo que la novia más bella del mundo no puede superar, a saber lo que tiene. Y lo que no es más que su deseo, al igual que el analizado, haciendo la salvedad de que es un deseo advertido. ¿Qué puede ser un deseo tal, el deseo del analista principalmente? A partir de ahora, podemos de todos modos decir lo que no puede ser. No puede desear lo imposible. (1988: 358)

Por lo tanto, el deseo del analista es un deseo advertido ahí donde no se puede desear lo imposible. La imposibilidad no está relacionada únicamente con el campo de lo real, sino, más bien, con aquello que Lacan denominó “el Soberano Bien”, que es eso que el analista no tiene, y por lo tanto, no puede dar.

Para que el deseo se pueda poner en movimiento dentro de la transferencia es necesario que el objeto (a) vehicule su incidencia. Por lo tanto, no es el objeto *per se* el que promoverá el deseo del sujeto, sino aquel que haga semblante de serlo. Dice Lacan que “la forma en que se articula lo que encontrarán en el análisis es la de aquello que le falta, a saber, su deseo [ . . . ] Donde se debe leer esta inversión que convierte la búsqueda de un bien en la realización del deseo. Desde luego, ustedes se percatan de que este discurso supone que *la realización del deseo no es precisamente la posesión de un objeto. Se trata, en efecto, de la emergencia a la realidad del deseo cuanto tal*” (2003: 81, cursivas añadidas). Por ende, la transferencia implica de entrada la metáfora del amor ahí donde, sin responder a su lugar, el analista queda instalado en el lugar del amado. No obstante, el analista debe rechazar la posición de ser el amado, pero también la del amante. No debe dar señal de su deseo más que por soportar la falta que representa bajo el velo del objeto (a). Más precisamente, el analista se ubicará en el lugar del vacío —paraje donde su deseo, en tanto deseo del Otro, quedará eclipsado, ora fallado ora enigmático—.

Por su parte, Lacan afirma que la dimensión de causa del objeto (a) se establece por medio del síntoma que se articula dentro de un análisis en tanto el analista es su soporte. En su Seminario 10, Lacan sostiene

que es “en la localización de la función de *a* en la medida en que se devela como algo que funciona, desde los datos iniciales del síntoma, en la dimensión de la causa”. Después nos confirma que “la vía pasa por *a*, que es el único objeto que debe proponerse al análisis de la transferencia” (2006: 302 y 304). Por lo tanto, es imperativo que el objeto (*a*) se instale de entrada con el fin de que el deseo fluya dentro del encuadre analítico. Su falta de alojamiento provocará que la transferencia gire en redondo, como *automatón*. El analista que, desde el inicio, ocupa el lugar de Sujeto supuesto al Saber (SsS) deberá hacer surgir su deseo de analista para que, a través de la falta que encarna, se instaure el deseo del sujeto, entretanto soporta ser el semblante de (*a*); es decir, el analista permite el pasaje de ser el Otro del saber (A) a devenir en el semblante del objeto que causa el deseo —(*a*)—. El envío será de A a (*a*).

En suma, vía la transferencia, el deseo del analista debe comprenderse como un deseo encauzado a hacer surgir el deseo del analizante, el cual es a su vez, causado por el objeto (*a*) del cual el analista hace semblante. El deseo del psicoanalista constituye un deseo orientado a producir la emergencia del deseo como tal, ahí donde un vacío se produce entre lo que el analizante ofrece y lo que el analista realmente tiene. Ese agujero es el objeto (*a*) que el analista encarna. Por su parte, la instalación de la pulsión le permite al psicoanalista encarnar el objeto (*a*) y hacer de su semblante en el cuadro del fantasma del analizante. De esta manera, la transferencia permitirá que el objeto (*a*) se ubique en el preciso lugar donde el sujeto de la queja se transforma en el sujeto del deseo, puesto que (*a*) permite taponear la hiancia que constituye la división estructural del sujeto en análisis: “quiero decir que la maniobra y la operación de la transferencia han de regularse de manera que se mantenga la distancia entre el punto donde el sujeto se ve a sí mismo amable y ese otro punto donde el sujeto se ve causado como falta por el objeto *a* y donde el objeto *a* viene a tapan la hiancia que constituye la división inaugural del sujeto”. Luego ratifica, allí mismo en *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*: “el objeto *a* minúscula no franquea jamás esa hiancia” (1987: 278).

El deseo del analista le permite a éste funcionar como un representante del objeto (*a*) en la experiencia de la cura. En rigor, un psicoanálisis se constituye por un analizante que apalabra su síntoma a partir de la asociación libre que se le sugiere bajo la regla fundamental; y el analista constituye a aquel quien analiza con su interpretación o su silencio puesto que porta las vicisitudes caídas entre el goce y el deseo. Este lazo transfe-rencial se realiza ante la escena de lo inconsciente donde el analizante irrumpe con un decir del cual no sabe que sabe; y una escucha flotante, por parte del analista, que apunta a lo que de gozante y deseante se deposita ahí. Para que esta relación analítica se establezca *de facto*, el decir del analizante estará mediatizado por la pulsión, la cual es el motor de la irrupción inconsciente. De esa manera, el lugar del analista será el de

mimetizar el lugar del objeto de la pulsión que figura el analizante, y que como lo indica Lacan, es otro nombre del objeto (*a*) —plus-de-gozar—.

De aquí en adelante, la posición del analista será la de encarnar la presencia de un objeto-borde, ofreciéndose a sí mismo como su semblante. A partir de esto, el analista se consagrará a “simular” al objeto del analizante con el fin de prestar a la transferencia los modos lógicos en donde deseo y goce puedan implementarse. Dicha implementación será la responsable de hacer emerger la verdad en el dispositivo analítico. Dice Lacan al respecto que “el analista, en efecto, en todos los órdenes de discurso que se sostienen actualmente —y esta palabra no es cualquier cosa, si damos al acto su pleno sentido aristotélico— es quien, al poner el objeto *a* en el lugar del semblante, está en la posición más conveniente para hacer lo que es justo hacer, a saber, interrogar como saber lo tocante a la verdad” (1981: 115-116). Por lo tanto, la única manera de trabajar con el objeto (*a*) en un análisis es mediante la ubicación del analista en ese lugar productor de verdad, pero tan sólo como semblante. De esta manera, el analista agregará un agujero en el dispositivo haciendo así, resonar la verdad del sujeto a través de cierto vacío de significación que allí se instituye. La clínica psicoanalítica es, después de todo, una clínica del objeto (*a*). Tomando en cuenta las vicisitudes tanto de lo simbólico como de lo imaginario, el psicoanálisis se sostiene como una cura de lo real, del límite y del borde justamente porque su objeto —el (*a*)— se las tiene que ver con los bordes libidinizados del cuerpo. La clínica analítica es una cura por lo real en cuanto el analista debe decidir encarnar el objeto y trabajar a partir de ese lugar.

### Actos y modos de interpretación analíticos

Por otra parte, y bajo circunstancias específicas, ciertos actos clínicos promueven la posibilidad de que el psicoanalista se pueda ubicar en el lugar del objeto (*a*). Al realizarlo, éste hace semblante de ello, porque, en rigor, jamás podrá materializar al (*a*) como tal. Solamente lo puede reproducir y encarnar pretendiendo serlo. El clínico jamás podrá ocupar el lugar de “causa” de la cura puesto que es una función imposible. Sólo se puede llegar a ser (*a*) por medio de una impostura lógica que Lacan denomina “semblante”. Hacer de semblante es la de disimular ese lugar de causa. Decir que el analista funciona como el semblante de (*a*) es atestar que dirige la cura advertidamente implicando el (plus de) goce que se desprende de la relación entre él y el analizante. En suma, la relación transferencial hará que el analizante experimente el goce que se desprende de lo que dice desde su inconsciente; mientras el analista interpreta bajo el semblante de (*a*), deviniendo él mismo en una de las formas del goce del analizante.



Por lo tanto, el psicoanalista debe prestarse a sí mismo con el fin de semblantear el objeto (*a*) que se dispone en el fantasma del analizante ( $\$ \diamond a$ ). Al colocarse allí, aquel podrá encarnar el objeto que causa el deseo del sujeto. El primero tiene la posibilidad de ocupar el lugar de (*a*) en el fantasma del analizante de diferentes modos, a saber, a partir de su presencia, prestando su cuerpo, por medio de su silencio, a través de su interpretación significativa, por la escansión que puntúa, y por otras formas claves en donde, instalándose en el lugar de (*a*), podrá llegar a producir el deseo de su analizante. En fin, es imperativo que primero el clínico “descubra” el fantasma de su paciente con el propósito de ubicarse él mismo en el preciso lugar del (*a*) en la fórmula. Al cifrar el fantasma del sujeto, el psicoanalista podrá circunscribirse en el lugar del objeto (*a*) despojado. Recordemos que (*a*) es un objeto nombrado por medio de una letra precisamente porque constituye un lugar abstracto, formal, topológico y lógico. El objeto (*a*) no tiene ser, y sólo existe dentro del ensamblaje fantasmático de la ficción del sujeto. Tampoco es un objeto de la naturaleza, y que por no serlo, puede ser sustituido por una serie de objetos que tienen, por más, la cualidad del deyecto y el desecho. Después de todo, el objeto (*a*) es un envoltorio del goce. La única manera de circunscribirlo en lo real será a través de la forma en que el sujeto realice su fantasma. La localización del fantasma del analizante es de suma importancia para ubicar, de esa manera, el lugar de (*a*) que el analista debe semblantear.

Por su parte, el fantasma del sujeto produce en su estructura un corte que salvaguarda la oscilación entre la apertura y la obstrucción al goce. Esto significa que el fantasma le permite al sujeto asegurar su propia división, fijándose así a ciertos objetos pulsionales. El fantasma detiene al sujeto en una única escena que le hace girar en círculos alrededor del agujero pulsional. Este movimiento en espiral hace que el sujeto quede atrapado en el juego mordaz del goce, suspendiendo así los movimientos de deseo esperados. De aquí en más se produce un “excedente”, pues el fantasma le permite al sujeto experimentar un plus de goce que le hace ceder conforme a su deseo. El fantasma le recuerda la pregunta de goce sobre qué me quiere el Otro. La clave subjetiva aquí sería pasar de esa pregunta gozante a la pregunta verdadera del deseo — ¿Qué quiero yo realmente? — Así, el analista ubicado en el lugar de (*a*) le permitiría al analizante transitar por los escollos del goce y el deseo precisamente porque al semblantear el lugar del objeto (*a*), el analista impele el goce del sujeto a cambio de interrogar y causar su deseo — ¿qué es lo que realmente deseas tú? — Para que esto ocurra el psicoanalista tendrá que suspender sus propias (in) certidumbres con relación a su propio fantasma. Es decir, en la relación analítica, el analista no es sujeto (en todo caso, sólo “supuesto”), sino más bien, el representante del objeto (*a*) de su analizante.

A través de su presencia, el analista debe ocupar diferentes lugares y funciones a lo largo de la dirección de la cura, con el fin de suscitar el deseo del analizante y ponerlo en movimiento, vía el fantasma, que sugiere

la trayectoria del tratamiento. Asimismo, las posiciones que asuma el analista en la dirección de la cura, gracias a la brújula del fantasma que se lo apunta, le permitirá a éste representar al objeto (*a*) a través de maneras subjetivas que harán emerger al objeto ahí donde no se lo espera. Las maneras más propicias por las cuales el psicoanalista puede semblantar al objeto (*a*) son a través del “sin-sentido” que provocan los movimientos pulsionales en el orden de lo real, a saber, el silencio y la neutralidad del analista, su interpretación tanto semántica como asemántica, la escansión que puntúa en cada sesión y el saber que encarna como no sabiendo nada de ello.

En primer lugar, la *interpretación* permite la aparición del objeto (*a*) en una sesión de análisis. Se podrían establecer dos tipos de interpretación, que realizadas bajo el frontispicio del goce, tienen la capacidad de causar la manifestación del objeto (*a*), a saber, la interpretación *semántica* y la *asemántica*. La interpretación semántica se realiza atribuyendo “sentido” al discurso del sujeto con el fin de revelar los efectos de verdad que de allí se desprenden. Es la interpretación que nace de lo que apalabra el sujeto en análisis. Por su parte, la interpretación asemántica es aquella que apuntando al “sin-sentido”, se localiza más allá de los significantes, y que precisamente se reconoce al contrariar el discurso del analizante, puntuándole su instancia de goce. En este segundo modo de interpretación, el analista estará más propenso a ocupar el lugar de (*a*): “el analista por su parte tiene que representar aquí, de algún modo, el efecto de rechazo del discurso, es decir, el objeto *a*” (Lacan, 1992: 46). Por una parte, la interpretación semántica se desprende de la significación que viene del Otro. Aquí ese Otro posee consistencia significativa. Por su parte, la interpretación asemántica ya no se apoya en la estabilidad del Otro, sino en su falta, en lo que no tiene para dar. En todo caso, la interpretación asemántica produce “sentido” a través de un corte, y como tal, posibilita la emergencia del objeto (*a*) que cae como aquello que resta entre lo que causa el deseo y su plus de goce: “Aquí hay que distinguir la ambigüedad que se inscribe con la significación, o sea, con el lazo del corte, y la sugerencia de agujero, es decir, de estructura, con que esta ambigüedad fabrica un sentido” (Lacan, 1972: en *Base Folio View*). En suma, la “interpretación-sentido” se realiza desde el lugar del Sujeto supuesto Saber, mientras que la “interpretación-sin-sentido” se sostiene a través del goce que mediatiza la presencia del deseo del analista.

La cuestión de la interpretación está entrañablemente ligada al fenómeno de la neutralidad analítica que funciona en sí misma como una interpretación de facto. En “Subversión del sujeto y dialéctica del deseo”, Lacan llega a aseverar que “una vacilación calculada de la ‘neutralidad’ del analista puede valer para una histórica más que todas las interpretaciones, a riesgo del alocamiento que puede resultar de ello” (1979: 804). Por eso, el silencio y la neutralidad del analista son dos tipos notables de interpretación asemántica pues ahí las palabras apuntan a lo que de gozante existe en el discurso del sujeto. La interpretación asemántica —ésa

que parte de la vacilación del analista y del sin-sentido— interviene desde la falta y la inconsistencia del Otro que, en ese momento, encarna el analista.

Después de todo, “el objetivo de la interpretación no es tanto el sentido, sino la reducción de los significantes a su sin-sentido para así encontrar los determinantes de toda la conducta del sujeto” (Lacan, 1987: 219). Aquí el inconsciente del sujeto no se mide por la articulación de su discurso, sino, más bien, por la coyuntura que se desprende del goce que justamente introduce un corte entre los significantes que emite el sujeto que habla. Al respecto agrega Lacan que “*allí donde eso habla, goza, y no sabe nada: el inconsciente no es que el ser piense*, como lo implica, sin embargo, cuando de él se dice en la ciencia tradicional —*el inconsciente es que el ser, hablando, goce y, agrego yo, no quiere saber nada más de eso*. Añado que esto quiere decir: *no saber absolutamente nada*” (1981: 128, cursivas en el original). Asimismo, por medio de la vacilación calculada del analista, la interpretación desenmascarará la consistencia presumida del Otro que en ese momento personifica el analista y le señala al sujeto la causa de su deseo.

Por lo tanto, una de las formas interpretativas más provechosas en el dispositivo analítico es la que realiza el analista a través del “silencio” que decide adoptar en algunos momentos particulares a lo largo de la cura, y por medio del cual puede hacer semblante de (a). Lacan (1972), en su conferencia en The Massachusetts Institute of Technology, propone lo siguiente: “El analista es ese semblante de residuo (a) y, en tanto lo es, interviene en el nivel del sujeto  $\mathcal{S}$ , es decir, de lo que está condicionado 1) por lo que él enuncia, y 2) por lo que él no dice [ . . . ] El silencio corresponde al semblante de residuo” (Citado en Juan David Nasio, 1988: 234). Efectivamente, el analista semblantea el objeto (a) cuando calla, ya que por medio del silencio restituye el objeto perdido por el que el analizante repite y “gira en círculos”, evocando así el agujero que resta en su plus-de-gozar. Éste es un silencio que provoca lo inconsciente y causa el deseo del sujeto, dejando un “resto” como excedente de dicho compromiso. El silencio producirá en el sujeto ese agujero fundamental inherente de su estructura. Aquí el silencio es una de las formas de (a) que el clínico emplea para causar el deseo e interrogar el goce del paciente. Bajo un fondo de silencio, la verdad del sujeto emergerá desde lo inconsciente gracias al vacío estructural que resta entre lo que dice el analizante y lo que calla el analista, justamente por hacer de semblante de (a).

El silencio le permite al paciente quedarse a solas con su malestar lo que le impelerá cuestionarse entre qué desea realmente y qué le quiere el Otro. Para que este movimiento de goce y deseo se establezca, el analista deberá ocupar el lugar de (a) por medio del silencio. Para Lacan, este sitio circunspecto es precisamente el lugar del muerto en el juego del “bridge” —ése que no habla, pero que siempre está presente—. En “La dirección de la cura...” asevera que:

Rostro cerrado y labios cosidos [silencio], no tiene aquí la misma finalidad que en el bridge. Más bien con esto el analista se adjudica la ayuda de lo que en ese juego se llama el muerto, pero es para hacer surgir al cuarto que va a ser aquí la pareja del analizado, y cuyo juego el analista va a esforzarse, por medio de sus bazas, en hacerle adivinar la mano: tal es el vínculo, digamos de abnegación, que impone al analista la prenda de la partida en el análisis. (1979: 569)

El lugar del muerto lo encarna el analista cuando hace silencio. Este silencio promueve el desplazamiento del plus-de-gozar e impele al deseo a producirse. Como tal, el silencio se procura como una formación de (a) ahí donde el analista lo encarna a través de la consistencia lógica que produce cuando calla.

Por otra parte, el fenómeno del silencio en la clínica es parte de lo que se conoce como *neutralidad analítica*. *Neutralidad* significa que el analista no es ni un sujeto ni un yo para el analizante, sino el agente quien hace aparecer al objeto (a) para su paciente, haciendo semblante de él. Etimológicamente, *neutralidad* significa “ni lo uno ni lo otro”; pero en psicoanálisis, el analista la realiza advertidamente. El lugar del analista en la cura está muy lejos de la persona misma del analista, a saber, de sus complacencias, sus fantasmas, sus ideales, sus obcecaciones, sus sentimientos, su pretensión de curar, su avidez de dar consejo o sus propios sentidos. Como lo anunciamos anteriormente, el lugar del analista es exactamente el lugar del muerto, ese “de rostro cerrado y labios cosidos”, como dice Lacan. En este sentido, el psicoanalista debe “cadaverizar” su lugar de agente en la cura ahí donde sus despojos hacen acto. Dice Lacan en “Subversión del sujeto y dialéctica del deseo” que el analista “debe preservar para el otro la dimensión imaginaria de su no-dominio, de su necesaria imperfección” (1979: 804). Por lo tanto, de lo que se trata aquí es que el psicoanalista se deje orientar por el “deseo del analista”, que le permita guiarse por el saber que retorna de lo real, reconociendo así los propios modos de gozar de su analizante, a través de la interpretación que nace de ese mismo deseo. Y la única manera de hacerlo emerger es mediante su localización neutralizada a través del semblante de objeto (a).

Por lo tanto, el lugar “neutral” del analista ya no es ni el de ser sujeto ni el de ser Otro —ya ambos tachados por la marca de la muerte y el significante; inconsistentes, después de todo—, sino el de objeto (a). Y nada más neutral que (a) —simple letra—, la que no representada nada y lo realiza todo. A su vez, constituye a *das Ding* que no existe, pero, que de tal manera, pone al deseo en movimiento. Por ello, la neutralidad del analista le permitirá devenir en el objeto-cause del deseo de su paciente. En esta misma línea, en su seminario *Problemas cruciales del psicoanálisis*, Lacan afirma que “éste es el deseo del psicoanalista en la operación: conducir al paciente a su fantasía original, eso no es enseñarle nada, es aprender de él cómo hacerlo. El objeto a y su relación en un caso determinado, la división del sujeto: esto es el paciente que sabe hacer allí. Y nosotros estamos en el lugar del resultado, en la medida en que lo favorecemos [ . . . ] porque el analista se

*hace el deseo del paciente*" (1964-65 [inédito], clase del 19 de mayo de 1965, cursivas añadidas). Esto indica que, después de todo, el deseo del analista, vía la neutralidad, no es un deseo "puro" porque ya viene mediado por el objeto (*a*) que introducirá al deseo como "pura diferencia": "El deseo del análisis no es un deseo puro. Es el deseo de obtener la diferencia absoluta, la que interviene cuando el sujeto, confrontado al significante primordial, accede por primera vez a la posición de sujeción a él. Sólo allí puede surgir la significación de un amor sin límites, por estar fuera de los límites de la ley, único lugar donde puede vivir" (1987: 284). Es decir, el deseo del analista es neutral y no es puro, aunque implique la pura diferencia.

A través de su neutralidad, el deseo del analista puede introducir un "corte" en la sesión analítica. Este corte subjetivo le otorga a éste la posibilidad de "rellenar" el agujero demitido con el objeto (*a*), que trae a escena y del cual hace semblante. Lacan afirma lo siguiente:

Si algo puede hacer caer esto [el síntoma del sujeto], es precisamente la operación del analista, que consiste en practicar el corte, gracias a lo cual la suposición del sujeto supuesto saber se despega, se separa de la estructura. [...] El juego de la cura analítica gira en torno a este corte. Es un corte subjetivo porque, con seguridad, todo lo que decimos de un deseo inconsciente siempre desemboca en suponer que un sujeto termina por saber lo que quiere. (2008: 353)

Esta encarnación de (*a*) le concede al analista introducir un acto de corte que permitirá cuestionar al goce y desplegar el deseo. En este sentido, el analista se ofrece a sí mismo como un lugar vacío, de puro semblante, con el fin de producir el deseo al introducir el corte del que deja caer cierto resto focal.

Aquí, el psicoanalista introduce el corte subjetivo no como analista *per se*, sino en tanto haciendo semblante de (*a*). Esta cisura estructural no sólo procura la emergencia del deseo, sino que promueve el desmadejamiento de las identificaciones que capturan al sujeto en su fantasma. En fin, el propósito último del corte es el de interrogar, detener, afirmar o consolidar al sujeto en el punto donde su fantasma hace estragos. Una de las maneras que el psicoanalista emplea para fijar este corte es la *escansión* de las sesiones. El vocablo "escansión" viene del discurso poético que indica la métrica y la rítmica de los versos. El campo de la música también utiliza la escansión con relación al ritmo de la voz y los instrumentos musicales. Dentro de las variables del psicoanálisis lacaniano, la escansión señala, eventual en el tiempo cronológico, el punto justo donde la sesión se debería interrumpir, gracias a algo específico que el analizante dice, con lo que allí el analista puntúa a manera de corte. Este corte deviene en interpretación justa ahí donde el analista articula algo sin decir nada. Para Lacan, tal como afirma en "Función y campo de la palabra", la escansión es "piedra de desecho [*pierre de rebut*] o piedra angular [*pierre d'angle*], nuestra fuerza es no haber cedido sobre este punto" (1979: 303, n66). En psicoanálisis, escandir es cortar, puntuar, separar, marcar o ponderar aquello que de gozante adviene en el discurso del sujeto.

El propósito de la escansión es la de realizar un corte que la sesión analítica misma ocasiona, produciendo de esa manera, la circunscripción de un borde que contornea el orden de lo Real en el campo del sujeto. La escansión produce un tope pulsional el que permite un vaciamiento de sentido, posibilitando así una reorganización del material inconsciente. Lacan lo explica en el texto anteriormente citado de esta manera:

Así, es una puntuación afortunada la que da su sentido al discurso del sujeto. Por eso la suspensión de la sesión de la que la técnica actual hace un alto puramente cronométrico, y como tal indiferente a la trama del discurso, desempeña en él un papel de escansión que tiene todo el valor de una intervención para precipitar los momentos concluyentes. (1979: 242)

Por los efectos que desencadena, la puntuación de la escansión funciona como una interpretación lógica y pertinente capaz de analizar el plus de goce explayado en la sesión, por medio del lugar de semblante de (a) que ocupa el analista cuando escande.

La escansión es la interrupción inadvertida que realiza el analista en un momento pivote de la sesión donde el analizante dice algo relevante con respecto a su goce o a su deseo. Por ejemplo, un significante distinguido, una “equivocación” desmedida, el enigma de un lapsus, un chiste cualquiera, un sueño complaciente: todos estos son momentos justos donde el analista puede interrumpir e irrumpir en la sesión con el fin de dejar al sujeto a solas con el enigma que se desprende del corte, del borde ahí fundado. El corte permite poner límite al goce que cae del discurso que el sujeto mismo emite. Por ello, la escansión emplea el tiempo lógico contra la repetición. Se corta el discurso para no seguir repitiendo el goce que se desase de él.

¿Cómo sabe el psicoanalista el momento justo para escandir una sesión? No lo sabe ciertamente. Pero de lo que sí está seguro es que el corte producirá efectos en el sujeto. Y éstos se medirán retroactivamente — *après coup*, dirá Lacan—. Después de todo, el objeto siempre llega con retraso o con demasiada antelación, pero siempre llega. Por eso, al no saber nada del momento preciso de la escansión, el acto analítico mismo pasará de la programación del tiempo cronológico, a la vacilación calculada que le depara el “tiempo lógico subjetivo”. Para que dichos efectos se produzcan, el analista deberá ocupar el lugar de causa, a saber, de semblante del objeto (a). Al realizarlo, la temporalidad cronológica tendrá sentido sólo cuando el tiempo lógico toma su lugar. El empleo del tiempo lógico implica la introducción de la dimensión del enigma y la incertidumbre en el dispositivo analítico porque primero permite vislumbrar un cesar, para luego permitir un recomienzo del no-todo. Así lo expresa Lacan en el seminario *Los no incautos yerran o los Nombres del Padre*:

[. . .] Esa escansión que he descrito, que es *la de una detención, la de un cesar y un recomienzo*, gracias a lo cual resulta evidente que son los únicos movimientos convincentes, que sólo valen como prueba en la medida en que los tres personajes —de los que ustedes saben que se trata de que salgan de la prisión— como por azar, sólo pueden hacerlos funcionar como prueba en el *après-coup* de esas escansiones [. . .] (1973-74 [Inédito], clase del 9 de abril de 1974, cursivas añadidas)

Por lo tanto, la escansión analítica permite, no sólo cortar el tiempo lógico de una sesión a otra, sino la de producir la emergencia del objeto (*a*) a través de ese deyecto que cae al advenir la sorpresa, y se instaure el enigma en el momento crucial cuando el analista encarna al objeto (*a*). Paradójicamente, la escansión se advierte como ese acontecimiento esperado en cada sesión, pero que acarrea el desconcierto y lo imprevisible. Siempre se espera lo inesperado. Así, la escansión permite que el paciente, quien sabe que va a llegar, “se apresure” a nombrar esos significantes que le designan, antes que el corte advenga. Igualmente, para que este fenómeno lógico de “consternación” subjetiva tome lugar habrá que calcular la extrañeza y el entresijo a través de la función de la prisa: “Allí puede muy bien leerse, si se escribe y no sólo si se tiene oído, que ya la a minúscula tetiza la función de la prisa” (Lacan, 1981: 63). La escansión produce la prisa del sujeto quien se aligera a emitir los significantes inconscientes de su verdad.

En última instancia, la escansión permite que el sujeto del deseo (*s*) advenga gracias al semblante de (*a*) que adopta el analista. Al hacerlo, la operación subjetiva deja caer un resto que actuará como causa misma del deseo del analizante. El desecho fecundo que cede el corte de la sesión se instaure por medio de la presencia del analista que decide hacer semblante de objeto (*a*). En “El atolondradicho”, Lacan asevera que “el discurso mismo desecha al analista, al iluminarlo como desperdicio del lenguaje” (1972 [inédito], sp). El corte de la sesión permite que el no-todo, característica de (*a*), apunte a aquello que de real se relaciona con el deseo del sujeto. Al fin de cuentas, la escansión, en tanto corte, descompleta y deja en suspenso la causa del deseo, precisamente para que aparezca ahí donde no se le espera.

En suma, el silencio, la neutralidad, la escansión y la interpretación psicoanalíticas son modos oportunos que emplea el analista para hacer emerger al objeto (*a*), el cual él acepta semblantear. Todos estos modos son posibles de realizar gracias al saber que no sabe el analista, pero que asume con el fin de hacer irrumpir al (*a*) en una sesión de análisis. La presencia del analista otorga la posibilidad de construir un enigma con respecto a un saber ahí donde la certeza es diferente a la verdad. La presencia del analista le permite a éste hacerse objeto con el fin de personificar ese resto que causa el deseo; presencia, después de todo, que remite al campo de lo inconsciente así como al movimiento libidinal de apertura y cierre del borde pulsional. La presencia del analista es una de las esquirlas del inconsciente del analizante ya que habrá inconsciente sola y únicamente si hay un analista que lo lea. Por lo tanto, otra forma que tiene el psicoanalista para hacer emerger al objeto (*a*) en análisis es por medio de su saber insabido, o su *docta ignorancia*. Así, para que el objeto (*a*) aparezca en las incidencias de la clínica psicoanalítica, el analista tendrá que ocupar el lugar del no-saber a través de su propia ignorancia que encarna, paradójicamente, al optar ser un Sujeto supuesto (*al*) Saber.

La docta ignorancia del psicoanalista se propone como un saber que no se sabe justamente porque en la médula de todo saber existe un contorno de imposibilidad. Sin embargo, es a partir de ese no-saber que el analista opera al nivel de la verdad del sujeto, haciendo aparecer al objeto (*a*). Lacan llega a afirmar que el no-saber del analista no es una cuestión de modestia, sino la producción del único saber oportuno sobre lo inconsciente. La docta ignorancia del analista le permite suspender su propio saber con el fin de dar lugar a la verdad del sujeto. Esta posición sobre el no-saber vehiculizará una escucha que no busca destacar nada particular, sino tan sólo señalar la producción de verdad que se desprende del orden de lo inconsciente. Esto es posible ante la facilitación que tiene el analista mismo de ocupar el lugar de SsS. El analizante reclama el *agalma* a su analista, aquel se encuentra cegado por su propio goce y, a su vez, interpela al analista como Sujeto supuesto Saber. Al solicitarle al analista eso que no posee, el sujeto se verá confrontado con su propia falta suponiendo la verdad de su deseo a ese Otro que lo detenta. La máxima será aquí la de revelarle el agujero de su no-saber justamente para que en dicha oquedad coloque al objeto (*a*) —causa de su deseo—. Por lo tanto, el analista se inscribe como Sujeto supuesto al Saber, y por él se produce un agujero entre el saber que se sabe y aquél del que estando allí, se ignora. Esta hiancia producirá un resto caído que devendrá en el objeto (*a*) —objeto de la verdad del analizante—.

En el dispositivo psicoanalítico, la posición del Sujeto supuesto Saber produce un vacío que instaura el bucle de goce del sujeto. En ese momento, el analista decidirá rellenar esa hiancia con el desecho que cae a partir de dicho corte. El lugar de ese desecho es el objeto (*a*) que, por naturaleza, se puede definir como una “nada de saber”. Afirma Lacan al respecto que “la producción del saber como saber se distingue por ser medio de producción, y no solamente trabajo, de la verdad. En este sentido el saber produce lo que designo con el nombre de objeto *a*” (2008: 314). La emergencia de (*a*) propone extraer lo insabido con el fin de hacer aparecer eso nuevo que está a punto de ocurrir en el lugar donde verdad y saber se contraponen. A partir de (*a*), el no-saber produce el saber sobre la verdad del sujeto. Aquí, afirma Lacan en la “Proposición del 9 de octubre de 1967”, “lo no-sabido se ordena como el marco del saber” (1987: 14). En otras palabras, se podría afirmar que el objeto (*a*) promueve el saber y lo causa a fin de que la verdad aparezca con todas sus luces. Lo que sucede es que el objeto (*a*), al encarnarlo la persona del analista, hace posible la instauración del lugar del saber del sujeto que apunta a su deseo, a saber, a la aparición de su verdad.

Debido a la docta ignorancia del analista, éste es capaz de producir no sólo el objeto que causa el deseo, sino aquel que causa el vaciamiento de goce proveniente del saber del *parlêtre*. Cuando el analizante se enfrenta ante la ignorancia que le presenta el analista, el sujeto desea saber “más”, quiere saber qué ocurre con su deseo. Lo deja con ganas. Esta táctica produce una hiancia que luego será rellenada con el (*a*). Esto



es lo propuesto por Lacan cuando dice que el analista debería ocupar el lugar del “santo”, a propósito del *Arte de prudencia* de Baltasar Gracián. El *santo* es aquel que deja en ascuas, que se ausenta de repente y vuelve cuando menos se le espera. El santo muestra no saber nada, recurre al artificio y dice la verdad, pero siempre a medias. Es aquel que no se apresura y sabe esperar, el que no habla de sí mismo, y que dice “sí” y “no” a la vez. El santo deja con hambre, finge saber y hace aparecer aquello que se creía desaparecido. Sin embargo, encarna todas esas características en tanto ocupa el lugar de “máscara”. En contrapartida, el analista en posición de santo encarna a plenitud la docta ignorancia que le permite, a su vez, hacer de semblante de (a). Dicho analista se inviste de las insignias del objeto (a) dirigiéndose al sujeto en tanto dividido por la marca del significante y por el goce mismo. Dice Lacan que, después de todo, el santo (el analista) “es el desperdicio [rebut] del goce” (1977: 99). El analista, en el lugar del santo, será siempre ese “resto fecundo” que causará el deseo del sujeto, quien, al hablar, no hace más que gozar. De la relación entre el semblante del analista y la división del sujeto se antepone un objeto que cae, causando así el deseo del analizante. La finalidad de esta jugarreta es que ultimadamente el analista ocupe el lugar de objeto (a): “eso para realizar lo que la estructura impone, a saber, permitir al sujeto, al sujeto del inconsciente, tomarlo [al santo] por causa de su deseo” (*ibid.*: 98).

En fin, el psicoanalista es aquel que deja con ganas de saber, es ése que permite alojar un vacío en la estructura del sujeto para que el deseo del analizante se realice ahí donde menos se espera. El analista ocupará el lugar del agujero vacante para que venga a instalarse el deseo, el de las contingencias de la historia del sujeto. La ética misma del analista consistirá en ofrecer su cuerpo y su presencia para que este vacío se instaure, produciendo el deseo de su verdad, el del analizante. Y esto será posible siempre y cuando el analista acceda a semblantear el lugar de objeto (a). En ese preciso momento, y al final del camino, el sujeto será capaz de vérselas con su deseo y su objeto, a la misma vez. Esto se refiere a lo que Lacan denomina “atravesar el fantasma”, en tanto su fórmula se podrá leer, de ahora en adelante, como “el sujeto en falta y dividido por la marca del significante está en relación directa y estrecha con el objeto que causa su deseo — $\$ \diamond a$ ”.

Para Lacan, “atravesar el fantasma” encuadra el momento preciso y precioso en que el analista, en posición de objeto (a), declina su lugar ante el analizante quien reconoce que la falta espolea el deseo. Afirma Lacan en la “Proposición...” que al final del análisis y “habiéndose resuelto el deseo que sostuvo en su operación el psicoanalizante, éste ya no tiene ganas de aceptar su opción, es decir, el resto como determinante de su división lo hace caer de su fantasma y lo destituye como sujeto” (1987: 16). A partir del atravesamiento del fantasma, y por lo mismo, al final del análisis, el sujeto será capaz de reconocer su propia castración así como la inconsistencia del Otro quien, después de todo, no existe.

Si durante el transcurso de un análisis, el analista ha aceptado hacer semblante de (*a*), ya sea mediante su presencia, su silencio, su interpretación o su docta ignorancia; no obstante, llegará el momento —final— en que tendrá que desistir de ocupar ese lugar y caer como un desecho —pero fecundo— que le permitirá al analizante transformar el sufrimiento de su síntoma en la producción de un “saber hacer” con su malestar. En su Seminario 15 de *El acto psicoanalítico*, Lacan propone que:

El término del análisis consiste en la caída del sujeto supuesto saber y a su reducción a un advenimiento de ese objeto *a* como causa de la división del sujeto que viene a su lugar. El que fantasmáticamente con el psicoanalizante juega la partida respecto al supuesto saber, a saber, el analista; en éste, el analista, el que llega al término del análisis a soportar el no ser nada más que ese resto, ese resto de la cosa sabida que se llama objeto *a*. Es alrededor de esto que debe dirigirse nuestra pregunta. En lo que respecta al analizante llegado al fin de análisis en el acto, si lo hay, que lo lleva a devenir en psicoanalista (1967-68 [Inédito], clase del 9 de enero de 1968).

De eso se trata, de que el analista soporte ser nada más que ese resto llamado objeto (*a*) minúscula. Por su parte, cuando el analista cae de su lugar de (*a*), el analizante deja de quejarse con el fin de (saber) hacer algo provechoso con su síntoma. En eso radica la “felicidad” —en arreglárselas con su síntoma y construir algo provechoso a partir de él—. En *De la naturaleza de los semblantes*, Jacques-Alain Miller espeta lo siguiente:

Desde un punto de vista analítico verdaderamente terapéutico puede hablarse de un *dejar de quejarse*, pero esto no marca la diferencia entre lo terapéutico y lo didáctico. Se trata de un fundamental y definitivo *dejar de quejarse* que sería, en última instancia, el único criterio del final del análisis. Por un lado, ya no hay nadie a quien quejarse, lo que se traduce como la caída del sujeto supuesto saber o el desvanecimiento del semblante del padre; y por otro. . . ¿el síntoma desapareció o lo que hacía mal en adelante hace bien? (2002: 183)

La caída del analista, en tanto productor de un resto, constituye la anulación de la queja, el despojo del analista de su condición de saber, así como el pasaje declinatorio del padre. Es el pasaje de la adoración al padre al asentimiento de sí mismo. Entonces, la caída del analista, encarnado en (*a*), le permitirá al sujeto superar la formulación imaginaria de su fantasma posibilitándole abrazar su propia falta.

Por otra parte, Lacan nos enseña que al final de todo análisis surge un analista. El fin del análisis, dice en la “Proposición...”, produce un analista, ejerza éste o no: “la terminación del psicoanálisis llamado en forma redundante didáctico es, en efecto, el paso del psicoanalizante al psicoanalista” (1987: 16). Luego propone: “Primero un principio: *el psicoanalista sólo se autoriza a partir de él mismo*” (*ibíd.*: 7, cursivas añadidas). El punto de anclaje al final del análisis es que no sólo el Sujeto supuesto Saber se desvanece, sino que, simultáneamente, el analizante se transforma, él mismo, en analista, con todo lo que ello conlleva. Por eso, el analista cumple su función de resto fecundo —él cae para que el “nuevo” analista advenga—. Sin embargo,

otra vez en su “Proposición de 1967”, Lacan explica que “la paz no viene de inmediato a sellar esta metamorfosis en que el partenaire se desvanece por no ser ya más que saber vano de un ser que se escabulle” (*ibid.*: 19). Esta transformación, en que el analizante se metamorfosea en analista, es un fenómeno más complejo puesto que, no sólo éste acepta que el Otro no existe, sino que aquel que era su partenaire falta. A partir de esta metamorfosis, el analizante recobra el desvanecimiento mismo del Sujeto supuesto Saber, es decir, guarda el saber de su analista tan solo ahora que él es otro. La captura de ese saber solo es posible cuando el analizante deja caer al (a) del SsS, y deviene así en otro diferente a quien era en ese momento. Por otra parte, el fin del análisis es una experiencia de amor porque hacia el final el sujeto se propone recobrar los trozos de real en trazos de saber. Si al principio del análisis se instituye el amor al saber que nos depara el Otro; al final, se instaurará el saber sobre el amor gracias al corte que realizó el objeto (a) semblanteado por el analista.

## Conclusión

En fin, la dirección de la cura debe estar regida por la presencia del objeto (a) que deambula en cada sesión de análisis. Dicho objeto se reactualiza gracias a la decisión advertida del psicoanalista de ocupar el lugar de (a) por medio de un semblante. Esta impostura ineluctable será posible de realizar por medio de diferentes actos analíticos, a saber, por la presencia del analista que se presentifica como (a) a través de su silencio, de su docta ignorancia, de su interpretación tanto semántica como asemántica, y por medio de la escansión que realiza en cada sesión de análisis. De esta manera, el analista podrá llevar a término un psicoanálisis gracias a su deseo de hacer (se) semblante de objeto (a) —lugar de causa, promotor de goce, piedra de desecho, resto fecundo—.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Lacan, J. (1979). *Escritos I y II* (2da. Edición). (Trad. Tomás Segovia). México: Siglo veintiuno editores.
- Lacan, J. (1987). Proposición del 9 de octubre de 1967 sobre el psicoanalista de la Escuela. En *Momentos cruciales de la experiencia psicoanalítica* (Trad. Diana S. Rabinovich). Buenos Aires: Manantial.
- Lacan, J. (1981). *Seminario libro 1, Los escritos técnicos de Freud (1953-1954)*. (Trad. Rithe Cevasco y Vicente Mira). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1957-1958). *Seminario 6, El deseo y su interpretación*. Inédito. Recuperado de la base documental Folio View 4.2.
- Lacan, J. (1988). *Seminario libro 7, La ética del psicoanálisis (1959-1960)*. (Trad. Irene Agoff). Buenos Aires: Paidós.

- Lacan, J.** (2003). *Seminario libro 8, La transferencia (1960-1961)*. (Trad. Enric Berenguer). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J.** (2006). *Seminario libro 10, La angustia (1962-1963)*. (Trad. Enric Berenger). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J.** (1987). *Seminario libro 11, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis (1964)*. (Trad. Julieta Sucre y Juan Luis Delmont). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J.** (1964-1965). *Seminario 12, Problemas cruciales del psicoanálisis*. Recuperado de *Base Folio View*.
- Lacan, J.** (1967-1968). *Seminario 15, El acto psicoanalítico*. Inédito. Recuperado de *Base Folio View*.
- Lacan, J.** (2008). *Seminario libro 16, De un Otro al otro (1968-1969)*. (Trad. Nora A. González). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J.** (1992). *Seminario libro 17, El reverso del psicoanálisis (1969-1970)*. (Trad. Enric Berenger y Miquel Bassols). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J.** (1981). *Seminario libro 20, Aun (1972-73)*. (Trad. Julieta Sucre, Diana Rabinovich y Juan Luis Delmont). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J.** (1973-1974). *Seminario 21, Los desengañados se engañan o los nombres del padre (o Los no incautos yerran)*. Inédito. Recuperado de *Base Folio View*.
- Lacan, J.** (1972). *El atolondradicho*. Inédito. Recuperado de *Base Folio View*.
- Lacan, J.** (1977). *Psicoanálisis. Radiofonía & Televisión*. (Trad. Óscar Masotta y Orlando Gimeno). Barcelona: Anagrama.
- Miller, J-A.** (2002). *De la naturaleza de los semblantes*. (Trad. Nora González). Buenos Aires: Paidós.
- Miller, J-A.** (2002). La epopeya de Lacan. En *Política lacaniana*. (Trad. Patricia Schnaidman). Buenos Aires: Colección Diva.
- Miller, J-A.** (2007). *La angustia lacaniana*. (Trad. Nora González). Buenos Aires: Paidós.
- Nasio, J.D.** (1987). *Los ojos de Laura*. (Trad. José Luis Etcheverry). Buenos Aires: Amorrortu.
- Nasio, J.D.** (1988). *El silencio en psicoanálisis*. (Trad. José Luis Etcheverry). Buenos Aires: Amorrortu.